



## Proyectar la memoria: del *ordo* nacional a la reapropiación crítica

### *Projecting the mind of the nation and freedom of thinking*

Antonio GARCÍA GUTIÉRREZ<sup>1</sup>

#### ABSTRACT

*Human beings have historically fixed their memories in an increasing diversity of media. Nowadays, though far from the creative expansion of new supports, they are growingly dependent on digital objects. Integration is assured but full dependence on external mediation is also assured. In this Era of neurotic memories, one has to be aware that digitalisation does not only bring advantages, as cultural trends want us to believe, but also disadvantages diminishing the importance of cultural values, freedom of memory, freedom to build real identities and control by the support itself over the users. These threats are often ignored by the likes of Knowledge Organization Research and fed by future trends of dogmatic elites. Power is always projected for perpetuation and memory is currently re-written from its imaginary agenda. The comparison between hypothetical units of memory, confined in restricted records, and the geometrical figure of a cube, in spite of its metaphorical reduction, leads to several assertions, some of them programatic, essential to place Knowledge Organization Research a rather pos-epistemological position from which reflexivity and complexity must command both scholars and practitioners directives and actions. Memory interaction is known as a complex network of meanings opened to instability and constant readaptation based on cultural fashion. Exomemory*

---

<sup>1</sup> Doctor en Comunicación (Periodismo). Facultad de Comunicación, Universidad de Sevilla, España. E-mail: algarcia@us.es  
Recebido para publicação em 20/5/2003 e aceito em 24/6/2003.

*construction is based on local or global prejudices historically set up by instances beyond citizens reach. One of these is the national order, flooding every piece of existence, from linguistic selfawareness to knowledge concept. Knowledge Organization Research theory should be committed to revealing prejudices as such, acting on the organization and representation process, not seeking preconceived refusal but the renegotiation of their invisible and real rethorical presence in digital memory construction.*

**Key words:** *Knowledge organization research, digital memory, theory.*

## RESUMO

Os seres humanos, historicamente, têm fixado suas memórias em uma diversidade crescente de meios. Atualmente, no entanto, longe da expansão criativa de novos suportes, os meios reduzem-se, de forma crescente, aos objetos digitais. Assegura-se, desse modo, a integração, mas garante-se também a sua total dependência da mediação externa. Nesta era de lembranças neuróticas, deve-se ter consciência de que a digitalização não promove apenas vantagens, como as indústrias culturais querem nos fazer crer, mas também desvantagens, especialmente em relação aos valores culturais, à liberdade da memória, à heteroconstrução de identidades e ao controle do cidadão pelo próprio suporte. Esses aspectos são frequentemente ignorados pelo pensamento dominante na Pesquisa em Organização do Conhecimento, sendo alimentado como tendência pelas elites dogmáticas. O poder é sempre projetado para se perpetuar e a memória é atualmente reescrita a partir dessa agenda imaginária. A comparação entre unidades hipotéticas da memória, confinadas em registros limitados e a figura geométrica de um cubo, apesar da redução metafórica, leva a diversas asserções, algumas delas pragmáticas, essenciais para colocar a Pesquisa em Organização do Conhecimento em uma posição, em larga medida pós-epistemológica, na qual a reflexividade e a complexidade devem comandar tanto as diretrizes quanto as ações dos pesquisadores e profissionais. Isso porque a interação da memória não é explicitável, constituindo-se em uma complexa rede de significados aberta para a instabilidade e a constante readaptação a “atratores culturais”. A construção da exomemória é influenciada por preconceitos locais ou globais, dados historicamente por instâncias que se encontram além do alcance dos cidadãos. Um deles é a ordem nacional, uma tendência que inunda toda a existência, da autoconsciência lingüística à engenharia do conhecimento. A teoria da Organização do Conhecimento deveria estar comprometida com o desvelamento dos preconceitos ao atuar nos processos de organização e representação promovendo não a recusa preconcebida, mas a renegociação da presença de sua retórica invisível e real na construção da memória digital.

**Palavras-chave:** Pesquisa em organização do conhecimento, memória digital, teoria.

## INTRODUCCIÓN

El recurso a la memoria es una acción humana consustancial a la construcción de la identidad. Especialmente en momentos personales o comunitarios de sensibilidad identitaria, a flor de piel, de inseguridades y miedos respecto al presente o al futuro o, simplemente, a causa del estado permanente de alarma propiciado por el entramado político-mediático-financiero, se agudiza esa mirada atrás, a veces, de manera compulsiva y neurótica. Y lo que se termina encontrando es una memoria imaginada desde el poder<sup>2</sup>.

El ciudadano moderno occidental está sometido al temor neohobbesiano de la pérdida de su nivel de consumo, de un ilusorio destello de poder en sus manos. Tal vez ahí estribe unas de las razones de su afán por memorizarlo todo. Y la industria tecnológica moderna le ha facilitado los medios para el registro masivo de su felicidad: fotocopiadoras, máquinas fotográficas, sistemas de grabación de sonido e imagen. Vemos, ahora, que tanta cantidad y variedad de instrumentos de memorización externa han sido minimizadas por un único soporte valorado: el digital. Cada viejo aparato analógico conoce ya una versión digital que permite la “comodidad” de la unificación del soporte mediante el autoequipamiento. Pero, de manera creciente, lo digital generará un mayor extrañamiento del sujeto de la memoria y una mayor facilidad de monopolización del pasado por parte de las grandes corporaciones aliadas a los “intereses de Estado”.

Ambos ingredientes, temor y tecnología, han propiciado un culto exacerbado a la memoria, preferentemente a la propia e inmediata – y ya todo adopta la apariencia de inmediatez y personalización en la red –, de modo que individuos, familias, comunidades, periodistas o políticos recalifican el momento histórico, incluso

poniendo en entredicho el papel de los historiadores, en función de un protagonismo contemporanista del tiempo pasado. Y ser protagonistas (yo, nosotros, mi pueblo, mi tradición, mi patria, mi época) pasa por tener un lugar frecuentado en la memoria tecnificada de archivos y redes. De ahí, como afirma acertadamente Andreas Huyssen, que “uno de los fenómenos culturales y políticos más sorprendentes de los años recientes sea la emergencia de la memoria como una de las preocupaciones culturales y políticas centrales de las sociedades occidentales. Ese fenómeno caracteriza una vuelta al pasado que contrasta totalmente con el privilegio dado al futuro, que tanto caracterizó las primeras décadas de la modernidad” (HUYSEN, 2000). El individualismo chauvinista de lo nacional, apoyado en su aliado mercantil, ya ha comenzado a metamorfosearse en el “sujeto poshumano” también en la forma de una memoria digital ego-referente contraria a las verdaderas libertades individuales y comunitarias.

La memoria íntima, heredada o, entrañablemente, compartida que siempre se apoyó en unos pocos, especiales, cercanos y muy presentes recuerdos materiales y simbólicos – relojes, libros, retratos, paseos, rincones, canciones, charlas, olores – abandona los itinerarios tradicionales de recreación para ser determinada umbilicalmente desde una memoria externa de miles de grabaciones generadas por instituciones o por el ciudadano mismo para ser traspasada, muchas veces involuntariamente subrogada, a una red electrónica. Con la digitalización plena de la memoria, el universo simbólico de intercambio con el pasado sufrirá cambios trascendentales para los procesos identitarios (personales, culturales) sometidos a una drástica reducción de soportes y a vivencias nuevas emergidas de la plataforma intangible. Aunque, desde luego,

<sup>2</sup> Permítaseme utilizar el singular prefoucaultiano de “el poder” a lo largo de todo el texto en el sentido del tan eficaz como imaginario *hexis* que configura en la memoria digital la inteligencia estratégica de la dominación.

no tiene sentido reivindicar nostálgicamente los modos tradicionales de tales construcciones, sí lo tiene reclamar todas las manifestaciones posibles de su diversidad y de la diversidad en lo nuevo.

Sin embargo, las emergentes formas de la memoria desvelan oscuros horizontes: por un lado, se “objetualiza” el recuerdo, lo que incrementa la familiaridad y la confianza del sujeto en el medio pero, por otro, se disparan los niveles de dependencia en ese mismo medio y en sus propietarios. La memoria exenta se fija en soportes externos, baratos, sencillos y cotidianos – disponibles en el hipermercado habitual –, adecuados al individualismo y a las ansias de independencia personal que, paradójicamente, dependen de una compleja y ajena tecnología para su reproducción. Se trata, por tanto, de un tipo de memoria física, tocable, manipulable, de alguna manera, corporeizada, que ha trastornado el alcance y los mecanismos de acceso y reproducción convencional del recuerdo. Incluso, en ella, es posible practicar las modificaciones convenientes de la imagen y el sonido mediante el montaje o la microcirugía del píxel transformando, así, cualquier prueba ya inicialmente mediada del pasado con evidentes repercusiones no solamente sobre qué sino también sobre cómo recordamos y olvidamos. Universo complejo en tránsito que, en un trabajo anterior, he querido abarcar con la expresión teórica de “exomemoria digital”.

Por otro, se trata de depósitos conectados a redes electrónicas, territorio que, a su vez, genera desconocidos modos de construcción, de experiencias, de ritmos y tipos de interacción y de disolución del pasado – la exomemoria interactiva – cuya incidencia en las conciencias

y costumbres colectivas ha sido, aún, poco estudiada. La exomemoria, como la biomemoria o el lenguaje, se ofrece a ser utilizada automática y espontáneamente sin que comprendamos sus lógicas y resortes. Pero, a diferencia de aquellos, la materialidad de su procesamiento permite la observación metacognitiva, esto es, la posibilidad de desmantelamiento y vigilancia en todo el proceso. Y la metacognición allana el camino para la asunción de la racionalidad imperfecta que teoriza Elster (1989): sabernos racionalmente débiles, como Ulises, es la única garantía de no sucumbir a las promesas del actual raciocinio clarividente que, apostando por el futuro, niega la memoria o la modifica a su antojo, destruye la contradicción y denigra la belleza de nuestra irracionalidad. En el reequilibrado dialógico e híbrido entre los co-sujetos y co-objetos de la memoria digitalizada y en la reclamación de su temporalidad abierta, en mantener la intersubjetividad indemne en la pregunta ¿una memoria para quién? se centrarían los propósitos de nuestros “Estudios de exomemoria”<sup>3</sup>.

Tras la gradual sacralización y el culto a la conmemoración de lo que fuimos, los dueños de la tecnología nos trasladan a la antesala de una neomusealización generalizada, es decir, de la pervivencia de la memoria personal y comunitaria como objeto expuesto y clasificado, imperceptiblemente exoclasificado. El peligro, pues, aparece cuando algún poder, cualquier poder, se hace con los códigos de ordenación. Junto a la ilusión narcisista, y aparentemente voluntaria, del automuseo, del acceso voyeurista a la colección ajena y de la vanagloria falaz de disponer de una “memoria total”, el ciudadano moderno se ve invitado a hacer dejación de su

---

<sup>3</sup> Y como abordaje inicial, hemos propuesto la epistemografía interactiva: una configuración transdisciplinar - o aplicación edificante como diría Boaventura Santos – que se ocupa de pensar la memoria digital reticularmente, definiendo los parámetros, estrategias y pasarelas de los flujos de registros desde la autonarración comunitaria e individual de las trayectorias. Pero epistemografía interactiva es, además de un nuevo modo de concepción de lo registrado y un conjunto de reglas ontológicas, epistemológicas y metodológicas, el resultado mismo de su acción: los propios registros y sus azares en constelaciones transversales de recuerdos y vivencias digitalizados (epistemografías textuales) y los lenguajes que las gestionan (epistemografías sistémicas). Un desarrollo de estas propuestas en García Gutiérrez (1998, 2002 y 2003).

capacidad crítica y selectiva en favor de oscuros intermediarios y estratagemas del *statu quo*.

En este texto se describe ese escenario de dudosa irreversibilidad sin acudir a la nostalgia o rechazar la tecnología – mucho menos despreciando la tecnocultura –, antes bien, subvirtiendo su orientación. Se presentan itinerarios de solución sin cuestionar la legitimidad o riesgos de las subrogaciones<sup>4</sup> virtuales: más bien se parte de la aceptación de una memoria digital masiva e inevitable reflexionando, de una parte, sobre las amenazas que se ciernen sobre unos usuarios y clientes que, mucho antes, son ciudadanos y propietarios de su pasado y, de otra, sobre la amenaza que ellos mismos pueden infligir a la propia memoria individual y colectiva. Pues, sobre ese último particular, ya en varios momentos de la historia hemos asistido a una política del “tercer estado” no menos despótica que la del rey guillotinado. Incluso pudiera ser que, esa política de base, fuera reaprovechada en paradójico beneficio de los cortesanos del decapitado. Ambos poderes antagónicos terminaron coincidiendo en algunas consignas: el interés y la exaltación de lo nacional, y objetivos: el control dogmático de la memoria y la adecuación del pasado al discurso de quien manda.

Con esas cautelas, emplazo mis observaciones en un lugar diferente para pensar las posibles aberraciones y proponer la autodefensa de los sectores desfavorecidos mediante armas tecno-políticas y éticas – toda una inteligencia estratégica – al servicio de una auténtica democracia de la memoria. Se trata de aplicar medidas descolonizadoras y participativas en un territorio incierto copado por neo-encomenderos y colonos digitales, preservándolo o restituyéndolo a la ciudadanía – sea occidental, africana o futura, también a la

ciudadanía ya desaparecida como homenaje a su recuerdo – mediante herramientas que faciliten su ocupación y la autonarración sin salvadores ni patrocinios culturalistas. Se trata, en suma, de rehabilitar la agitación, en toda su potencia y belleza, como arma básica de acción social de los nuevos mediadores de la memoria con el objetivo de restituir este territorio a sus verdaderos protagonistas. He ahí una prioridad que debe prevalecer en sus prácticas.

La historia oficial de la excepcionalidad no puede aniquilar la memoria real de lo cotidiano o de lo supuestamente marginal. Es más, lo cotidiano/marginal debe ser incorporado por el investigador como elemento epistemológico fundante de la historia y de la memoria acumulada. Desde luego, sin otorgar un cheque en blanco a la cotidianidad/marginalidad como única residencia de la sensatez o de una neocentralidad no deseada. Ésta sería una prioridad teórica de nuestros estudios.

Pero, por encima de todo, se trata de proteger una libertad de memoria inseparable de la libertad de su crítica.

### **Expansión de la exomemoria y sujeto poshumano**

Entre el ojo humano y el campo visionado<sup>5</sup> existe una línea siempre interferida por algún código. Tal código dicta la percepción y fija la cognición. Entre el hipocampo del ciudadano moderno, como órgano de recreación de la memoria, y la memoria misma, emerge también una zona intermedia ocupada siempre por un prejuicio dominante. En esta reflexión mostraré la obcecación y contradicciones de uno de los prejuicios dominantes en la memoria moderna, que evidencia cierto desgaste y apunta un cambio desde dentro en su favor – el discurso

<sup>4</sup> Tómesese, aquí, la subrogación como el creciente y masivo traspaso voluntario-inconsciente, sumiso o indiferente de la gestión de los objetos físicos a entidades digitales.

<sup>5</sup> Retomo aquí la metáfora ocular a la que ilustrativamente recurrieran Maturana y Varela (1999) y que antes fuera usada por Wittgenstein, en el *Tractatus*, para delimitar el mundo. Volveré sobre este punto, con más profundidad, en el siguiente epígrafe.

nacional – e intentaré indicar un posible itinerario para su superación desde fuera: la ocupación crítica y comunitaria. Tal salida, sin embargo, no ignorará tres condicionantes ineludibles en cuyo marco realizaré mis reflexiones: 1) el lugar cedido por un prejuicio será inmediatamente copado por otro; 2) la descripción del futuro, para nuestra teoría, no debe solo intentar predecir cómo serán las cosas sino, más bien, como deberían ser (ética e ideología) y 3) cualquier solución a un problema es necesariamente obsolescente en el tiempo<sup>6</sup>.

Si trazamos un paralelismo y, por qué no, una interdependencia entre la evolución de la memoria colectiva y la macroperiodización de la historia en torno al eje de la modernidad (conscientes del peaje que esa visión reduccionista impone), obtendríamos dos fases cuya duración es inversamente proporcional a la acumulación de registros: la era premoderna y la posmodernidad. Tomemos los dos hitos esenciales de la época moderna, la invención de la imprenta a finales del siglo XV y del registro audiovisual, en el XIX, como puntos de referencia para el arranque y el inicio del declive – alcanzado en la red digital – de la memoria moderna. Tras cuatro siglos de imperio de la reproductibilidad del documento, que no logra superar el problema del acceso a las reproducciones físicas casi inmovilizadas por las barreras idiomáticas y espacio-temporales –, en la segunda mitad del siglo XX asistimos a la total eliminación de tales obstáculos, se instala el reinado de la instantaneidad, que liquida los costes económicos y ecológicos de la producción de papel sustituyéndolo por soportes o lugares electrónicos que hacen posible la disponibilidad total y global.

El punto álgido de la diversificación de tipos de soportes y formatos ocurre, también,

en esa segunda mitad del siglo XX marcando, junto a otras señales, el máximo declive de la documentación moderna. Pues, en efecto, desde todas las instancias – académicas, industriales, comerciales, bibliográficas – se reclama y trabaja en la normalización que permita la “comunicabilidad internacional”. A la dispersión/expansión anárquica de soportes por parte de las industrias modernas dando pie a una época de incipiente “democracia del soporte” (y lo que ello comporta), le sucede una centralización/contracción en la producción posmoderna conducente a lo digital y, quien sabe, un mayor control neototalitario de los bienes simbólicos en circulación. Se hace posible la conversión de cualquier documento en una nueva reducción completamente normalizada. Y junto al pavoneo de estar incorporados a la nueva tecnología por parte de países/empresas/ciudadanos, se desprecia o margina la ausencia de digitalización. Pero, ante la digitalización uniformadora, mutilante y masiva, más les valdría a las culturas, y sus memorias derivadas, permanecer hibernadas esperando mejores tiempos.

Toda la memoria dependerá, cada día más, de un solo soporte multimedia, y de un soporte cuyos secretos de grabación y circulación no conoce el ciudadano. El poder controla, así, los medios y gran parte de los contenidos y los lenguajes con menor esfuerzo, reorientando y haciendo más eficaces y distantes sus estrategias. Si la conciencia humanista se inaugura en la modernidad, con el resultado de unos determinados proyectos individuales y relaciones sociales que superan al pre-humano poco consciente de sus roles, la digitalización de la memoria posmoderna comienza a perfilar al poshumano, un sujeto metacognitivo y elitista en el que ya comienzan a intuirse riesgos de hiperreflexividad. Es esta nueva configuración

<sup>6</sup> Y no solo a causa de una osada extrapolación del principio de entropía de la física al universo metafísico. Los proyectos humanos se agotan y desvirtúan en sus interpretaciones; las reformas desde dentro suelen proponer un continuismo imposible o, en todo caso, redibujan ya nuevos escenarios; el mundo necesita ser revisado con el simple cambio generacional. Incluso en lo que atañe a los principios, como decía William James, “la vida ética más elevada consiste en todo momento en la violación de las reglas que se han vuelto demasiado estrechas” (*Apud* ELSTER, 1989, p. 181).

emergente, y el conjunto de implicaciones psicosociológicas que lleva aparejada, el ámbito desconocido sobre el que se anticipa el poder y debe centrarse el pensamiento de la investigación crítica. Pero remontemos brevemente el curso de los acontecimientos.

La fijación del pasado ya preocupaba, y mucho, a los antiguos. La mitología describe la invención del alfabeto y la escritura como una forma de garantía de la memoria. Según narra Platón, en su célebre y comentado *Fedro* (274c – 275b), a través de Sócrates, Theuth, antigua deidad egipcia, ofreció al rey Thamus un sistema de inscripción que inmortalizaría los hechos y narraciones de su pueblo. Sin embargo, Thamus le respondió que el regalo del alfabeto, lejos de suponer un avance, produciría un retroceso pues la gente en lugar de usar sus recursos internos para memorizar, legaría esta facultad a la escritura:

¡Oh artificiosísimo Theuth! Y ahora tú, precisamente, padre que eres de las letras, les atribuyes poderes contrarios a los que tienen. Porque es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera, a través de caracteres ajenos, no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos. No es, pues, un fármaco de la memoria lo que has hallado, sino un simple recordatorio (PLATÓN, 1997).

La observación del rey nos sitúa ante una cuestión complicada. Al instinto lucrativo de los humanos no le pasó desapercibida la nueva fuente de control y beneficio: con la inscripción,

la memoria y la cultura se tornaban objetos coleccionables, visibles, comerciales. Como objeto tangible y trasladable, la memoria se presta, así, a dos usos perversos: **mercantilización y patrimonialización**. En tanto objeto, los registros de la memoria digital responden a la violenta lógica de ser propiedad de alguien: individuo, comunidad, museo privado o estatal<sup>7</sup>, mediante la identificación de una gestión o usufructo, muchas veces asentados en el expolio, con la propiedad histórica “natural” del objeto. La cuestión sería cuán lejos y con qué autoridad ha incursionado, tal sentido de la propiedad del registro, en la **autoadjudicación de la propiedad cultural misma**. Tales procesos de apropiación se someten a las reglas de jerarquización de lo social, de lo político y de lo económico.

Varios milenios después hemos comprobado cómo el pasado accesible es el exclusivamente confinado en los distintos sistemas de inscripción provistos por aquel dios censor aliado a su aliado terrenal<sup>8</sup>. De ahí el interés del poder por el control de soportes y códigos. Pero si indudablemente la historia humana, y probablemente también las conexiones sinápticas de almacenamiento, se resienten y alteran a tenor de esa segunda mediación en inscripciones objetivadas a partir de los primeros alfabetos conocidos, haciendo retroceder la tradición oral milenaria y sus modos complementarios de fidedignidad y confianza en la memoria heredada, ¿qué podemos intuir de esta tercera fase que ha comenzado a trastornar, en apenas tres decenios, el estatuto y la evolución de la memoria, esto es, su digitalización? ¿cómo afectarán a la descripción de la historia y a la propia constitución de la identidad y del vínculo social las grabaciones múltiples, personales, masivas, multimedia, sustitutas ya de los medios tradicionales? ¿De

<sup>7</sup> Dice Clifford: “el patrimonio reemplaza a la historia y así contribuye a una articulación hegemónica de los intereses nacionales y de clase” (CLIFFORD, 1999, p. 266). Sobre la actuación de los museos etnográficos en ese sentido de apropiación o rebautizado simbólico de los objetos en función de sus intereses, a veces simplemente comerciales, vid Clifford (1999, p. 259).

<sup>8</sup> Para Nietzsche (1997), como se sabe, fueron los poderosos quienes otorgaron sentido y significado a las palabras inventando la herramienta del lenguaje.

qué modo se reconocerá y construirá el humano desde la memoria virtual? ¿Cómo evitar la oligopolización total de la exomemoria? Y, finalmente ¿qué responsabilidad y posibilidades tiene una teoría comprometida a ese respecto?

En las inscripciones físicas, la manipulación ocurre una sola vez en el proceso de materialización del mensaje. Incluso, en los más cuidados palimpsestos, las sucesivas capas compositivas son detectables con un estudio rudimentario por infrarrojos. Pero, en las grabaciones electrónicas, la posibilidad de manipulación y cambio convive con el soporte siendo propiedad constituyente. La modificación indefinida de la misma fuente ridiculiza la predominancia secular de la copia. No se trata ya de poder hacer infinidad de reproducciones sino de distribuir ilimitadamente una misma fuente de memoria – lo más cercano a un concepto humano de lo eterno –, pero de una memoria amenazada por un cambio que borraría todo vestigio de lo que pudo ser. Tras la extinción de un mundo, siempre hay otro que se abre camino.

La exomemoria digital puede ser reinventada, literalmente reescrita, sin dejar rastros de un estado pasado o de la evolución de sus interpretaciones. La fortaleza de su difusión coexiste con la vulnerabilidad de su permanencia. Y esto no es casual. Los intereses de las elites siempre aprovecharán cualquier resquicio: necesitan una memoria frágil y adaptable a los tiempos que corran.

En la memoria digital, entra en juego, junto a un lenguaje a la vez propio y extraño, que me permite decir tanto como me prohíbe, y sometido al poder de la tecnológica (y no al arbitrio de la antropológica, que advierte Sodré), una lógica desarrollada estrictamente al servicio de su reforzamiento, la pérdida de control del hecho,

pues el hecho ya no es, fue y, en consecuencia, solo podemos acceder a sus lecturas. Y es al tecnopoder a quien le quedan las mayores posibilidades de representarlo en versiones continuistas que confinan el pasado en un discurso bastionista, acantonado en la búsqueda de lazos coherentes entre pasado y futuro que legitimen un “estado de cosas” siempre favorable.

Así, nos encontramos ante una doble y superpuesta encrucijada: la del lenguaje y la del recuerdo. Ambas confes ndonos su fidelidad e intimidad al tiempo que su deslealtad e independencia. Ambas brotadas en un momento de la evolución único e irrepetible pues el desarrollo del cerebro que autoriza un tipo cognitivo dado de lenguaje y de recuerdo evolucionará hacia la metacognición o, quién sabe, tal vez encuentre su exterminio en una deriva involutiva. Los nuevos seres humanos, procedentes de homínidos, resultaremos en poshumanos a cuya transformación física, pero no necesariamente peyorativa si se extienden y se autogestionan los avances, ya hemos comenzado a contribuir a través de implantes nanotecnológicos y biomanipulaciones. Las transformaciones psíquicas irreversibles se darán a partir de las nuevas configuraciones digitales del universo simbólico, una de cuyas galaxias esenciales es la memoria registrada.

Este es el escenario de una exclusiva visión pesimista que propone, no solo cierta literatura y cinematografía de ficción que identifica género humano y maldad, sino también la filosofía de Keith Ansell (Ansell, 2002), con su concepto de transhumano, o el ensayismo de Jair dos Santos (Santos, 2002) sobre la condición humana, en el que la comparación delirante de humanos y cyborgs entra en devaneos proféticos que no tienen por qué corresponder al futuro complejo de un poshumano<sup>9</sup> en coexistencia con

<sup>9</sup> Sobre el poshumano existe una amplia bibliografía de referencia. Mucha de esta bibliografía nos condena a un futuro amargo sustentada en una inferencia contemporanista a partir del actual malestar ecológico, demográfico, económico, político. Pero se suele pensar poco en el contrapoder que emerge de las propias tecnologías, en los inevitables atractores caol gicos (extraños) de la imprevisibilidad y las repercusiones positivas que puede tener en una ciudadanía organizada – gente común, hasta ahora silenciada – que vele por la democracia real en la memoria.



su propia prehistoria y con el más trágico de los subdesarrollos.

Si la concepción del poshumano procede de la posibilidad de automodificar la especie, esto es, de la transformación de tejidos humanos mediante componentes industriales que, indudablemente, tendrían inmediata repercusión “metafísica”, mutando nuestra concepción del mundo y del yo, evidentemente una de las áreas modificadas por el implante sería la memoria, es decir, nuestra concepción, acceso y uso del pasado. La verdad es que tanto da si hablamos de prótesis de memoria externa, ya bien extendidas, o de su internalización subcutánea, microimplantes<sup>10</sup>. Actualmente acudimos a una exomemoria que la biotecnología promete insertarnos. El lugar de emplazamiento de la exomemoria afectaría ya muy poco a la mutación en curso en los procesos de memorización aunque estamos apenas en sus inicios. El cambio hacia lo poshumano no tiene que esperar pues comenzó a ocurrir cuando privilegamos la memorización exterior sobre la biomemoria, por recomendación de Theuth, si bien el punto sobresaliente de inflexión habido con la expansión de la imprenta no se vuelve a radicalizar hasta la digitalización. Tal vez en la invención de la fotografía, a mediados del siglo XIX, pudieron anticiparse algunos indicios del cambio (W. Benjamin, entonces, no andaría descaminado) y, por eso, no faltas de argumentos, algunas supersticiones y culturas la acusan de robar el alma. Inmortalizar, en términos históricos, diría un nostálgico. Pero la fotografía, sin así pretenderlo, inauguró toda una “ateología” de la imagen y la primera falsificación masiva de la memoria<sup>11</sup>.

La producción industrial de soportes, cada vez más compleja y diversificada, da un giro hacia la unificación digital. La memoria no solo sigue exteriorizada sino que sus procesos la simplifican bidimensional y binariamente, incluyendo la pérdida de acceso directo, pues la relación con el objeto solo será posible a través de dispositivos electrónicos. Con ello, inevitablemente un inmenso poder ajeno se introduce peligrosamente en nuestras relaciones íntimas con el pasado. Así, confiar en lo digital no solo significa una aparente garantía de conservación y disponibilidad sino, fundamentalmente, delegar en un poder, en el interés oculto del complejo industrial que lo ideó, cualquier futuro de la memoria. No exactamente está en peligro qué recordar sino, sobre todo, cómo hacerlo: superando el antiguo frente de las semánticas, el ataque a la vulnerabilidad de la memoria se traslada a sus gramáticas. Las memorias colectivas y personales dependerían, entonces, de un algoritmo que ha logrado definitivamente trascender la propia evolución natural del hipocampo. Tal algoritmo inoculado en los modos de memorización podría terminar dictando los contenidos, matices y gratificaciones íntimas de la memoria misma.

Ahora bien, ¿estará ocultando, el tono de este análisis, alguna nostalgia? Mi pretensión racional, espero que no traicionada por algún atavismo incontrolado, desea concentrarse en la obtención de mecanismos que reintegren el control de la memoria en sus productores y no en los artífices e intermediarios de las tecnologías y lenguajes. Tal vez deba insistir, ahora, que no trato de rechazar el soporte digital sino, muy por

<sup>10</sup> Redactando este texto en febrero de 2003, se hace público el primer ensayo experimental sobre cobayas de una memoria de silicio diseñada en Palo Alto para ser ubicada en el hipocampo de los enfermos de alzheimer con el fin de ayudarles a “producir biomemoria”.

<sup>11</sup> Stalin fue uno de los más afanados impulsores de la manipulación fotográfica mediante aerógrafos. Antes de ser deportados al gulag, muchos desaparecían previamente de las fotografías oficiales. La inmensa colección fotográfica de David King testimonia tales atrocidades sobre la memoria y la humanidad (Vid, al respecto, “El País”, 24, febrero de 2003). Los trabajos de Susan Sontag sobre los modos de deshistorización que promueve la fotografía son muy relevantes a este respecto. Agradezco a G. Abril la referencia.

el contrario, de canalizar la bárbara inundación actual con el fin de optimizar y dignificar su uso, insistiendo en la pervivencia de la diversidad de medios y en la necesidad de contribuir a una conciencia crítica y a una política ciudadana de la memoria.

Como en el caso de la red de carreteras, las ventajas de poder viajar más rápidos y seguros no oculta el riesgo de llegar finalmente solo hasta donde el asfalto nos permite. Pero el asfalto no nos prohíbe ir más lejos. Simplemente nos ha educado en un sistema de seguridad dado (en unos vehículos, lenguajes y horizontes) que nos invita a permanecer en una vía segura y familiar. El símil, con todas sus limitaciones, no acabaría ahí, sin embargo. Los modos de reconocimientos del espacio físico, los instrumentos de localización y toda la simbología de señalización se trasladan al espacio virtual de la memoria de modo que no sabremos retrotraernos sin el auxilio de alguna baliza, foto, film, *web*, que nos resitúe e interprete la posición noológica exacta. La escritura y la conciencia histórica (¿cual de ellas determinaría a la otra?) abrieron esas sendas.

Ya había algo en el humano primitivo que hacia presagiar al poshumano: la conciencia de los límites, un tremendo complejo de inferioridad – una psicopatía – respecto a otras especies que solo un neocórtex es capaz de autoincorporarse atormentadamente, le desarrolló una habilidad desconocida en la fabricación de prótesis. Tal complejo de inferioridad lleva adosado su opuesto, cuyo clímax colectivo llegó a Occidente<sup>12</sup> con el apogeo del humanismo y, más tarde, con el triunfalismo ciego del progreso industrial. Y no hay señales de superación del complejo. ¿No formará parte,

entonces, la producción digital de exomemoria, de esa lógica paleocefálica de dominación?

### El cubo de la memoria: por una geometría ética de la red

Wittgenstein ya había establecido, mediante la figura geométrica de un cubo, la importancia de la proyección para el sentido. La figura del cubo, dibujada bidimensionalmente (la pantalla tiene dos dimensiones y la tercera es solo imaginaria o simulada) se percibe de dos formas: una de sus caras permanece delante en tanto que la opuesta queda (aparentemente) detrás (Figura 1). La señalización de los ángulos de las caras con letras *aaaa*, *bbbb*, números *1111*, *2222* o cualquier otro signo de codificación para facilitar una u otra visión del cubo no es banal: responde a una manera sugerida de percibir el cubo. Todo registro está adscrito a un orden. El inocuo orden alfabético o numérico de las caras del cubo impone ya una percepción interesada de la figura pues antepone la “a” a la “b”, el 1 al 2, el delante al detrás, o el arriba al abajo. La inocuidad inicial de un orden en el nivel registral tiene decisivas consecuencias en el nivel sistémico o reticular. Cada cara del cubo-memoria se percibe según el orden estipulado. Primero “a” y después “b” o viceversa. Pero hay destacar que la codificación de las caras solo nos “dice” cómo ver el objeto. Si pasamos de la visión de la posición “a” a la posición “b”, tras un pequeño vértigo espacial, sentiremos la percepción de otra proyección. Es evidente: se trata de dos proyecciones distintas del cubo, de dos proyecciones distintas de la memoria. Si realizamos el ejercicio cerrando los ojos, observaremos inmediatamente que la imagen mental de una proyección es la que determina, al abrirlos, una percepción u otra. Por tanto, cada

<sup>12</sup> La “westernización” no se limitará a los países occidentales como es sabido: el modelo industrial a gran escala también tuvo devotos seguidores en la URSS, en la Europa del Este, en el lejano Oriente y en otros focos específicos de los llamados entonces “no alineados”.

posición (ya sea “a” dominante, o “detrás” dominante) es “prevista” por la mente; la imagen mental precede a la visión del objeto: el pasado es el pasado esperado. Una intención o un prejuicio es lo que nos “muestra” una u otra imagen del cubo. La coherencia predeterminada nos hace ver un cubo en ese volumen y verlo desde una posición imaginada previamente. El prejuicio (aprendido empíricamente, *a posteriori*) estaría mediando en la eficacia perceptora de las categorías apriorísticas kantianas (KANT, 2002)<sup>13</sup>.

En otra proyección del cubo (Figura 2) las visiones posibles se multiplican e incluso llega a desaparecer el cubo a favor del hexágono:

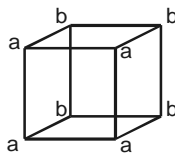


Figura 1. El arbo de la memoria: bidimensionalmente.

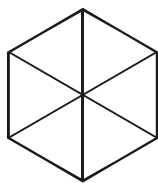


Figura 2. El arbo de la memoria: bidimensionalmente.

Cada registro de una exomemoria (conjunto de objetos subrogados en colecciones digitales) puede ser considerado como figura geométrica – pues se implanta en el espacio bidimensional de la red electrónica, tiene unas coordenadas concretas<sup>14</sup> y precisa el señalamiento de los ángulos de visión/localización – y reproduce los problemas de la percepción del cubo. Claro que la geometría proyectiva mantiene lazos indisolubles con la lógica formal y, ciertamente, puede expresar sus significados e inferencias pero estaría carente de principios éticos – a pesar de los esfuerzos de Spinoza en narrar la moral mediante teoremas, puro formalismo cientificista – y ésta es la gran cautela que introduzco en la comparación: la geometrización de la memoria en el espacio digital no es solo cuestión de una matemática aplicada y apoyada por algoritmos y reglas lógico-semánticas – que conocemos bien en Bibliotecología, Documentación<sup>15</sup> o KOR – sino que sus fundamentos se basarían siempre en dictados de orden ético-político. La eticidad y el compromiso crítico deben ocupar su espacio en la construcción de la memoria superando la negación practicada por invisibles consignas del poder o por la ingenuidad de la investigación positivista.

Se trataría, pues, de dar arraigo ético a una geometrización alternativa, y posible tecnológicamente, de la memoria en redes digitales de estructura caológica. La irrupción

<sup>13</sup> Que la imagen mental sea previa al objeto no niega su procedencia empírica: por el contrario, hablamos de una imagen ya informada previamente por los sentidos – por el paradigma dominante – y que, por tanto, supone un “reconocimiento”, con todas sus distorsiones, del hecho. En el caso del cubo, cuya perspectiva elegimos antes de abrir los ojos, la imagen mental no coincide en dimensiones, ni color con las del cubo en sí. Pero claro que algo deben tener en común imagen mental y (la imagen bidimensional del) cubo: la forma espacial y la perspectiva desde la que deseamos percibirlo. Para ello, pensamos y buscamos, antes de abrir los ojos, “a”, “delante” o “2”. Un código nos indica, sin necesidad de abrir los ojos, cómo mirar la figura. Y de ese modo miraremos la realidad del cubo, pero una realidad precaria y contingente. Y digo bien, una sola realidad, única, que necesariamente niega, en tanto percibe, las demás perspectivas reales.

<sup>14</sup> Véase el concepto de información como dirección espacial en el original Teorema de la Información publicado por Carlos Libenson (2002) en *Internet*. Dice su autor: Hace unos años, junto con el crecimiento de las tecnologías relacionadas con Internet, sentí una incomodidad que resultó en este trabajo que hoy publico en este sitio. La Red tiene existencia propia y tal vez sea un nuevo eslabón de nuestra evolución en el sentido antrópico de este término. Podría resumir esa incomodidad en que en esta afirmación hay al mismo tiempo algo verdadero, y algo falso. Responder a este “al mismo tiempo” es el motivo de este ensayo. Este teorema intenta demostrar el siguiente enunciado: Cualquier objeto del que pueda afirmarse que aporta información consiste en: Una sola partícula material ubicada en un único lugar en el espacio. En definitiva: solo consiste en una “dirección espacial”. Vid bibliografía.

del pensamiento complejo y de las “pos-epistemologías” en los estudios de exomemoria aporta la superación de una visión simplista y aislacionista del registro<sup>16</sup>. La digitalización reduce la memoria a figuras geométricas convencionales de dimensiones expresadas en números enteros: dimensión 0 del punto, dimensión 1 de la línea, dimensión 2 de cuadrados, círculos y triángulos, dimensión 3 de esferas y poliedros. La necesidad de explicar la memoria como red compleja de registros no recibe una respuesta adecuada por parte de tal geometría informática, distante de las articulaciones transversales y n-dimensionales de la realidad y puramente cuantitativa. Una lógica y un discurso que han inoculado también, no obstante, los modos de narrar lo social, lo ideológico o lo ético. Por ello, es necesario acercar los avances de la geometría fractal a los sistemas de organización y representación de la memoria externa. Los objetos fractales son figuras inteligibles, incluso visualizables mediante ordenador, a partir de una dimensionalidad poco sumisa a geometrías euclidianas<sup>17</sup>. Miden y representan realidades irregulares, indomables, naturales en todos los ámbitos del conocimiento: orografías, ramificaciones neuronales, topología, climatología. Una concepción fractal de los

registros y sus redes que considerase las infiltraciones socioculturales y ético-políticas de la memoria, sus evoluciones y retrocesos, sus continuidades y fugas convulsionaría no solamente la imagen cubizada de los recuerdos sino fundamentalmente sus mecanismos de representación y control en el futuro digital.

El problema de la inconmensurabilidad<sup>18</sup> de las perspectivas en las figuras geométricas es de vital importancia trasladado a la geometrización de la memoria externa como objeto del ciberespacio. Y tal incompatibilidad encierra una de sus más grandes paradojas: la necesidad e imposibilidad de la coincidencia total de rasgos. Una línea de trabajo de los Estudios de exomemoria se centra en el establecimiento de puentes dialógicos entre mundos teóricamente inconmensurables, desvelando sus mínimos compartidos<sup>19</sup> y los “razonables desacuerdos”, de los que habla Rawls en su teoría de la justicia, sin desatender las realidades socio-culturales y económico-políticas que los sustentan. Pero hay lagunas que al poder no le interesa explicitar y oculta con discursos operativos inoculados en las categorías de organización y recuperación de registros, único modo de garantizar la coincidencia<sup>20</sup> y, por tanto, la localización.

<sup>15</sup> Valga, como ejemplo, la aplicación tan aséptica como insuficiente, a mis ojos actuales, de la Gramática de Casos de Fillmore o del Análisis del Discurso de Van Dijk como vértices categoriales para la construcción simétrica y cubizada de registros digitales (GARCÍA GUTIÉRREZ, 1998 y trabajos anteriores): en aquellos apuntes iniciales y, sin duda, necesarios, se consideraba la memoria digital como un conjunto de volúmenes discretos y ordenados de memoria atrapados en cubos cuyas configuración interna y articulación externa no estaban determinadas por un prejuicio dominante. La epistemografía, sin embargo, asume tanto la presencia de intereses de poder como de fuerzas ingobernables para el propio poder. Así, temáticas, categorías conceptuales y ubicaciones espacial y temporal del registro serían elementos impregnados y organizados desde un prejuicio emanado de jerarquías que promulgan reglas de auto-ordenación de los niveles de coherencia en función de la matriz elegida sin prever, ni poder evitar, la supremacía de atractores transversales. El poder es, necesariamente, fabricante de coherencia. Pero la coherencia no es más que una argucia, necesaria pero descifrable, del interpretante de índices.

<sup>16</sup> Pos-epistemológica en tanto que esa invención occidental está asociada a una concepción determinada de paradigma que, asumidamente, anestesia la posibilidad de autocritica al súbdito y proclama la imposibilidad de traducción al extranjero. En epistemografía interactiva, tanto el autoanálisis como el exoanálisis deben basarse en métodos de traducción crítica y dialéctica.

<sup>17</sup> Vid una extrapolación, cuidadosamente “traducida”, de la concepción caológica a los estudios de comunicación en Roldán (1999).

<sup>18</sup> En el sentido kuhniano del término.

<sup>19</sup> Esto es, en líneas generales, lo que propongo en el trabajo (en prensa) *Otra memoria es posible: estrategias descolonizadoras del archivo mundial* mediante la construcción de operadores políticos – complejos y críticos – que vadeen las incompatibilidades y convivan con la contradicción.

<sup>20</sup> Para que se comuniquen dos instancias es necesario, al menos y siempre en alguna suerte de lenguaje, que exista una intención comunicativa y unos mínimos compartidos, si quiera el instinto de supervivencia.

El cubo no es más que una metáfora geométrica<sup>21</sup> que trata de explicar cómo cualquier volumen informe – el tema o asunto – puede ser confinado bajo una estructura de ángulos y lados – las perspectivas o categorizaciones – y que, incluso una vez cubicado, puede ser accedido desde una sola o una combinación de angulaciones siempre dentro de un espacio “coherentizado”. Esto ocurre con un volumen dado de memoria, lo que entendemos como registro, que bien podría aparecer bajo otra configuración, de distintas angulación y formas de lateralidad, es más, como decíamos, dimensionado fraccionaria e irregularmente bajo el aspecto de un objeto fractal. Por ejemplo, siguiendo los procedimientos de la fractalidad sería posible descubrir los “atractores”<sup>22</sup> (tendencias predecibles o extrañas) en los comportamientos aleatorios del acceso a la memoria, en la elección y asociación de enlaces sensibles aunque “caóticos”, en las lógicas complejas de las redes, contribuyendo geoméricamente a la explicitación de los órdenes y turbulencias que sustentan las redes y, desde ahí, a la reorientación ética o política de las memorias colectivas.

El cubo doblega, expande o comprime simultánea y potencialmente a cualquier volumen. Y, finalmente, hasta podríamos considerar los lados no como meros bordes separadores de volúmenes sino como la negación de la frontera, esto es, una marca intencional de la continuidad/penetración necesaria de un volumen en/con otro en una red expansiva. Toda esta tropelía ha sido amparada por la reducción positivista que predica un solo orden, dado y necesario, “un tema en un solo lugar y un lugar para cada tema” y, finalmente,

vehiculada por programas informáticos que imponen un formato, un lenguaje, unas reglas y un objetivo establecidos por la industria.

Matrices cognitivas, mitos, prejuicios racistas, sexistas y estéticos, patologías mentales leves, hiperracionalización, irracionalidad o simple inconsciencia rigen la construcción de la memoria, muchas veces a espaldas de los propios intereses de la mediación. Una parcela esencial de la epistemografía enfoca esa diversidad de interferencias conscientes o inconscientes no con el fin de negarlas sino de explicitarlas y proponer fórmulas de coexistencia. Desde la religión o la posición cultural y de clase a la conciencia nacional, mediadores o autogestores participan en la digitalización sin herramientas metacognitivas suficientes.

Pues bien, la reflexión que propondré, en lo que sigue, hurgará en la presencia hegemónica de lo nacional como configuradora esencial y fundante de la forma y angulación de los volúmenes de la memoria a lo largo de la modernidad, y con especial énfasis en los dos últimos siglos, apareciendo síntomas de crisis simultáneamente a la proliferación de las tecnologías reticulares. Y, por ello, intuimos que en esas mismas tecnologías puedan encontrarse los nuevos itinerarios de restitución del pasado expoliado. Aunque el poder transformará los cánones nacionales en otros espectros estructurantes que le permitan sobrevivir, la ciudadanía pondrá en sus manos un arma cultural sin precedentes para reapropiarse digitalmente de los relatos de su historia.

Así, el cubo modelado verticalmente desde las **categorías retóricas de lo nacional**, instruye tanto a los productores de la memoria

<sup>21</sup> De hecho, los registros comenzaron siendo objetos planos bidimensionales (fichas catalográficas) y el holograma del cubo ya incorpora una importante innovación al multiplicar sus vértices aunque apenas se trate de una simulación. La organización caológica masiva solo se intuye en la línea del horizonte tecnológico de la memoria.

<sup>22</sup> Roldán sugiere posibles investigaciones en el ámbito massmediático, como por ejemplo, un seguimiento caológico del *zapping* a partir de datos recogidos por los audímetros de las empresas que rastrean la aceptación y hábitos de los auditorios de programas de televisión con el fin de adoptar decisiones mercantiles o políticas beneficiosas para televisoras, agencias publicitarias y anunciantes (ROLDÁN, 1999, p. 113).

como a sus mediadores y receptores, un mismo sujeto virtual y eficazmente deslindado, otorgando cohesión y reciprocidad – el adherente y atractor imprescindible – al pasado y al futuro. No se trata, entonces, de apostar por una memoria imposible ausente de poder, sino de pensar y situar un **umbral de manipulación democráticamente tolerable** fijando las tendencias deseables – y construir con ese objetivo una política autocorrectiva y sus herramientas digitales – en una red de memoria crítica participante.

### Metaparadigma nacional y tránsitos de la memoria

Si Thomas Kuhn introdujo una restricción sectorial y discursiva en su famosa concepción de paradigma (la ciencia y ciertos grupos dentro de ella), entonces las instrucciones que emanan del orden nacional corresponden a lo que podríamos entender, estirando la terminología, como metaparadigma: una matriz instalada en el inconsciente colectivo de las sociedades occidentales, en todos y cada uno de los paradigmas científicos coexistentes y en cada manifestación y sentimiento de cotidianidad, de expectativas, de sueños y, desde luego, en las lecturas del pasado y sus representaciones digitales.

Los “itinerarios nacionales” del imaginario interaccionan con naturalidad con los del recuerdo. Pero en la organización de la exomemoria esta interferencia no es casual. Cualquier retrospectiva en busca del pasado íntimo no se libra de nuestra posición actual – un algoritmo cambiante en función de los acoplamientos estructurales y coyunturales del sentido que irradie lo nacional – pero el registro y la recuperación digitales del pasado individual o colectivo están condicionados por un conjunto

de instrucciones explicitables practicadas en la mediación e incluso en la autogestión.

La fantasía de un futuro favorable a la perpetuación del poder vigente es el orden que domina en la narración del pasado. En ese sentido decíamos que la memoria se pliega al futuro, a la agenda de expectativas del poder. Pero, obviamente, los juegos y alternancias de la dominación modifican sus objetivos secundarios, el primordial será siempre el mismo: readaptarse al entorno, como toda entidad viviente, para lo cual se resemantizarían los necesarios episodios del pasado. Para sobrevivir en el futuro, el poder necesita afianzar el pasado. Esta es una máxima que parece haber guiado a las grandes tiranías, con relativo éxito temporal. A la postre, es un velado *desideratum*, un reflejo del poder sutilizado lo que impone el *ordo* en la representación electrónica de los hechos precedentes.

Hasta tiempos bien recientes los registros molestos eran confinados o quemados. En la red digital basta una tecla, o un virus (arma lógica) para borrar de raíz o modificar cualquier elemento comprometedor. Así, la exomemoria inscrita en soportes electrónicos ofrece al poder la facilidad de narrar mundialmente el pasado colectivo sin necesidad de buscar explicaciones sobre los cambios introducidos. Nunca la historia de la memoria universal contó con tan ingente cantidad y calidad de soportes para su fijación. Nunca, antes, tuvieron los seres humanos una libertad de participación tal. Pero, nunca, tampoco, fue la memoria tan vulnerable. El orden nacional ha sido, en la modernidad, una de las perspectivas privilegiadas por el poder en el cubo de la memoria, un recurso-marco capaz de sustituir a las divinidades en la explicación del mundo inmediato. Vamos a centrarnos en este orden apriorístico e imaginario dominante en Occidente<sup>23</sup> en la narración del pasado.

<sup>23</sup> Aunque nuestra hipótesis sostiene la progresiva disolución de lo jerárquico-nacional en lo transversal-local, existen numerosos ejemplos de exaltación de los valores mítico-nacionales. Lo importante es calibrar el peso de la conciencia étnicista en una tendencia general que parece dirigirse hacia otros derroteros. Y, a la postre, lo determinante y peligroso no es lo nacional sino, como señala Clifford, al servicio de quién y con qué fines opera.

Las memorias sociales registradas adquieren plena conciencia de sí tras la emergencia del moderno concepto de nación. Lo nacional, espíritu derivado de las revoluciones sociales, políticas y culturales del siglo XVIII, comienza a hibridarse con todos los ámbitos de la vida, desde la religión a la ciencia, desde la experiencia estética a las prácticas cotidianas y se exporta en el proyecto colonial. La imbricación de un paradigma nacional en el imaginario colectivo es tal desde la Ilustración que, hasta tiempos muy recientes en el que se evidencian síntomas de crisis, el ciudadano no es capaz de pensarse fuera de él ni, en lo que nos concierne, memorizar un rincón de su vida que no haya sido impregnado por esa estructura inventada<sup>24</sup>.

Los “promotores de lo nacional” ya no necesitan hacer grandes esfuerzos de propagación en el tejido social pues, tras dos siglos de instrucción, lo nacional surge espontáneamente, incluso “naturalmente” en los procesos de cognición y memorización. Denuncia el historiador brasileño Marques dos Santos “el aprisionamiento de los historiadores en el paradigma nacional” a partir del siglo XIX debido a dos causas: “la nación como construcción histórica imaginaria y la nación como base de una episteme para pensar la propia historia” (Marques dos Santos, 2002). Ambos aspectos contribuirían también, decisivamente, a la organización, clasificación y selección en los archivos – las exomemorias – en que esos mismos investigadores sustentarían sus narraciones del pasado.

Problemas existenciales habitualmente resueltos por las creencias mágico-religiosas o la mitología a lo largo de milenios pasaron, con los ilustrados, a ser explicados desde la razón y

en lo nacional. Los nacionalismos se desasemejan temáticamente entre sí pero calcan los discursos de un oponente fabricado. De hecho, copiaron muchos modos de la mitología y de las religiones con las que querían terminar: lo nacional devino mito religioso (y sus derivados, como el “culto a la personalidad”). Por ello, en la autoafirmación persistente encontraremos su principio de debilidad y contradicción. Los insatisfechos con las respuestas nacionales, para restañar brechas íntimas y restituir un pseudoequilibrio, terminaron por forjarse identidades transversales acumuladas en la inestabilidad de la deriva vital.

La duda fue fulminada por el racionalismo francés al tiempo que su monarquía. Inauguró su persecución precisamente su mayor cultivador, el propio Renée Descartes. El método cartesiano se basa en el exterminio de la duda, precisamente por el horror a su presencia. Descartes (2002) construyó una tan imponente como débil maquinaria metafísica que partía, muy a su pesar, de dos condiciones: el temor real de perder la propia vida, pues es sabido que su autoexilio holandés respondía a la búsqueda de aguas más tranquilas para filosofar conociendo los desmanes de la Inquisición en la época<sup>25</sup>, y los inocentes *a priori* que coloca en sus meditaciones para demostrar la existencia de Dios o del alma, refutados poco más tarde por la robutez, ya largamente cuestionada, del pensamiento kantiano.

La guillotina francesa, que quiso rescatar al pueblo del temor supersticioso, acabó por instaurar el miedo a la nación, esto es, el miedo a sí mismo, un miedo que aún autorreprime, y coarta en un vano orgullo, a la ciudadanía occidental. Por ello, buscar la identidad en el consuelo de lo nacional es invocar a un fantasma

<sup>24</sup> Según Marques dos Santos, lo nacional-popular conoce su clímax en la obra de Jules Michelet, historiador francés formado en el nacionalismo popular posrevolucionario quien, sobre 1830, llega a calificar su libro *Introducción a la Historia universal* como una mera Historia de Francia, la exportadora a la sazón de valores incuestionables y universales y modelo (autorreferente) de democracia y civilización en la época.

<sup>25</sup> El mismo Descartes ordenó a sus acólitos la publicación póstuma de “El mundo”, utilizó la autocensura y, a pesar de todo, tras su muerte, el cartesianismo fue perseguido.

establecido por la elite o a la certeza de una construcción ajena al individuo que no resiste la más simple de las lecturas. Esta situación ambigua es la que provoca una crisis individual (y nacional) que los macrodepósitos de la memoria social no logran mas que profundizar.

Y es que el propio concepto de memoria social (y hasta el de sociedad, como veremos) es falaz o, al menos, controvertido. Tales recuerdos delimitados por las fronteras imaginarias de lo social sirven al poder establecido que, a través de su acción mediática, cierra en falso los episodios de un mundo por él construido y no por la ciudadanía a pesar del peso específico y de la eficacia de ese mundo sobre el imaginario y la sumisión personales. Memoria social equivaldría, entonces, a la invocación del imaginario social en el que hemos sido instruidos. Una nueva interferencia de la imaginación en la memoria, como diría Ricoeur (1999). Del mismo modo, la exomemoria electrónica no pasa de ser una oportuna metáfora que, como argumentábamos en otro lugar<sup>26</sup>, más que referirse a procesos de memorización se centra en procesos de imaginación, de resemantización acumulativa, de inferencia subjetiva o interesada a partir de objetos digitalizados.

Debemos anteponer, por tanto, sobre lo social imaginario, algún vínculo real que lo equilibre. Un viejo y más emotivo vínculo interpersonal rehabilitado, del que ya hablaba Tönnies<sup>27</sup> y que recientemente ha retomado y actualizado Muniz Sodré como elemento atómico de su teoría comunicativa (SODRÉ, 2002). Un nexos transcultural que esté por encima, por debajo y a través de las lenguas, culturas y

países, reconfigurando lo societario, dando forma a las nuevas sociedades digitales: las redes comunitarias. Comunidad de memoria significaría, entonces, un agrupamiento de heterosentidos respecto al pasado compartido por ciudadanos con independencia de sus adscripciones y etiquetas identitarias, muchas de ellas en constantes cuestionamientos y fugas.

La participación en comunidades transversales puede ser muy positiva para el nuevo sujeto digital pues la interacción libre desvela y deconstruye la jerarquización enquistada desde el poder en las identidades de las personas y comunidades tradicionales, denunciando y hasta eliminando lo que hay de superfluo o nocivo en las cosmovisiones étnicas, religiosas o nacionales para la dignidad y la justicia. Es una transversalidad que desestabiliza la arborescencia del poder. La red permite la convivencia inmediata con comunidades afines más allá de la proximidad física, rotundo desafío a los oxidados anclajes del comunitarismo multiculturalista de Taylor (1994). No cabe duda de que las comunidades de sentido, en la definición de Berger & Luckmann (1997) cuando analizan las nuevas formas de gravitación social, encuentran un marco privilegiado de transformación y realización en las redes digitales. Y no cabe duda de que constituyen una memoria alternativa y horizontal a la pirámide jerarquizada que todo poder reproduce. La red propulsa el tránsito cultural y una memoria híbrida más resistente a la manipulación.

Pero hasta la aldea rural tradicional habría de ser vista como un lugar de tránsito. Desarraigos y desplazamientos han constituido, históricamente, unas configuraciones culturales

<sup>26</sup> Junto a las distorsiones y errores que comporta el "phoroi", en este caso, pensar que los modos de memorización biológica son exportables a las herramientas artificiales de organización y búsqueda algo que ya ocurriera con los conceptos de cerebro, inteligencia o conocimiento (GARCÍA GUTIÉRREZ, 2002).

<sup>27</sup> En su obra clásica *Comunidad y Asociación (Comunidad y Sociedad en ciertas traducciones)*, Ferdinand Tönnies contrapone lo "comunitario-natural" en el sentido aristotélico a lo "societario-contractual" en el sentido hobbesiano. Pero el concepto de comunidad en Tönnies no es un *compositum* voluntario de capas y elecciones de pertenencias como el que manejamos sino, más bien, una totalidad espontánea y orgánica frente al racionalismo edificador del Estado o la Sociedad (FERRATER MORA, 2001, p.3541). Las comunidades virtuales de la memoria serían híbridos tan espontáneos como planificados.



sobre las que, en la hipótesis de James Clifford, no puede considerarse la “residencia” como la propiedad más fiable. Más que centrarse en los valores estables, en jerarquías permanentes y continuidades históricas, la etnografía debería observarlas como “residencias en tránsito” construidas mediante procesos impuros, ingobernables, de invención y supervivencia colectiva (CLIFFORD, 1999). La visión conservadora del narrador alfabetizado o erudito es la que ha solido prevalecer en la memoria colectiva de la aldea, privilegiando la estabilidad y la permanencia resignada sobre las rupturas y fugas, psíquicas o físicas, que nunca dejaron de darse. De ahí que Deleuze y Guattari ya hablaran de una Nomadología que sustituyera los fundamentos sedentaristas de la historiografía oficial, posición que, en cualquier caso, tiene en el desplazamiento su principal condición evolutiva<sup>28</sup>. No se trataría, sin embargo, de que la concepción marginal del desplazamiento ocupara el centro dominante de lo fijo sino de abrir ambos polos al diálogo.

La memoria digital abre, por primera vez al silenciado, las puertas a la exploración exterior mutua sin desplazamiento físico, roturando nuevos itinerarios de interacción y experiencia en otras memorias distantes – en categorías y valores – que pondrán de manifiesto, en poco tiempo, no solo el alma imaginaria de la aldea sino la condición mestiza de la de sus habitantes. El nicho etnográfico se explicitaría, así, como configuración transcomunitaria y el rigor del etnógrafo quedaría condicionado por la absorción de la hibridación en sus inferencias. Esto mismo ocurriría al epistemógrafo al inundar de mestizaje inevitable los mapas y clasificaciones de la memoria.

Las comunidades digitales introducen la inestabilidad, lo difuso y, hasta la paradoja<sup>29</sup>, en el propio núcleo de la comunidad tradicional pero probablemente estas saldrían fortalecidas tras la extirpación de sus mecanismos represores: serían, aquéllas, comunidades horizontales y aleatorias de participación que alternarían la entrega a un grupo dado con regulares escarceos en otras comunidades, en apariencia, temática y axiológicamente diferentes.

La red digital no hace más que acelerar y cotidianizar estos viejos vínculos, antes solo obtenidos en la excepcionalidad del hospedaje y de las narraciones de pasantes, juglares y cautivos; borra toda pureza física o simbólica de la etnia inventada; transforma las reglas y consignas que promueven la identificación y la elección de pertenencias en el propio clan; facilita la composición de una identidad más cómoda en un nuevo espacio para un legítimo transfuguismo identitario que no necesita justificación pública.

Sería necesario, entonces, capacitar al ciudadano para la navegación promiscua y azarosa entre una compleja diversidad de *topoi* que sacie sus ansias íntimas, e inevitablemente mestizas, de apropiación simbólica. ¿A quién corresponde esta peligrosa iniciativa? La mayor libertad de elección de culturemas llevará aparejada algún nuevo tipo de desarraigo, una deriva evolutiva repelida por la resistencia cultural-nacional dominante. Sería el desafío de fundar, o mejor, simplemente de aceptar, el hecho de que nuestra transcultura procede de una conjugación de memorias ajenas e impuestas que solo el desplazamiento nos permite escoger. Mirar para descubrir es ya una rotunda voluntad de desplazarse.

<sup>28</sup> Clifford, sin embargo, solo la entendería como un estudio de las relaciones de las residencias-en-viaje y los viajes-en-residencia que ayude a comprender los tránsitos de las identidades y culturas habitualmente percibidos desde el estatismo (CLIFFORD, 1999, p.29-64).

<sup>29</sup> Ya nada sería incompatible para un ciudadano que, a falta de una mayor lucidez en nuestra especie, no tendría más remedio que asumir su naturaleza contradictoria, por ejemplo, al frecuentar *webs* sobre Semana Santa o mágico-religiosas poco antes o después de visitar *sites* pornográficas sin operar la doble moral pública mas que como autoengaño (algo que ya ocurre en no pocas TV locales andaluzas con sorprendente audiencia). Si bien, tal vez la contradicción perfecta, dentro de la concepción radical de los sistemas abiertos, tampoco pueda existir en nuestras mentes.

La memoria planeada por el futurismo elitista, contrarrestada digitalmente desde la periferia ciudadana, podría comenzar, así, a difuminar el retro poder real de los bastiones de decisión. Religión y Nación están siendo gradualmente cuestionados como pertenencias vitales por comunidades virtuales espontáneas que heteroconstruyen las nuevas identidades. Las religiones actualizadas occidentales ya no encontrarían argumentos para morir por la fe y, las naciones, o mejor los nacionales, comienzan a perderlos en cuanto a dar la vida por la patria. Parece que la versatilidad de las comunidades digitales, y las memorias dispersas y heterogéneas que generan, difícilmente encontrarán *tótems* convincentes por los que aterrorizar o permitir ser aterrorizados. Esto en cuanto no triunfen las nuevas estrategias neototalitarias que han comenzado a tomar posesión de los recursos digitales; las moribundas naciones-estado aún intentarán conservar la hegemonía en sus últimos estertores en una asociación con el mercantilismo dueño de las infraestructuras, soñando con apoderarse de las memorias en circulación. En todo Occidente se han dado ya las condiciones y destacados pasos de tal complicidad posnacional pero también han surgido foros de respuesta.

Si, como dijera hace tiempo Edward Said, Oriente es un invento occidental, entonces Occidente ya no lograría reconocerse sin su criatura. Somos, de hecho, orientales, sin que esta afirmación insinúe una concesión al universo kantiano de la racionalidad. La contradicción que es inseparable en todo proceso identitario (así lo aseguraba hegelianamente Paul Ricoeur) hace que busquemos a regañadientes en la alteridad alguna salida a nuestros secretos cataclismos identitarios. La identidad entra en crisis a causa del sueño inalcanzable de

estabilidad y completud que se diseña y exige exteriormente. También a causa de ser una violenta negación (de/contra algo). Una identidad sumatoria, sin anclajes forzados y en deriva natural hacia nuevos territorios simbólicos en los que acomodarse, probablemente acabaría con muchas patologías mentales y sociales que, de momento, lo digital solo contribuye a agravar.

Y, en ese sentido, la identidad oficial es una losa sobre la salud psíquica ciudadana que no consigue coincidir, mas que casualmente, con algunos de los llamados “valores nacionales”. Incluso la aceptación íntima de un rasgo es ajena, muchas veces, al hecho de haber nacido bajo una bandera. Debo reconocer que he admirado, saboreado y, tratado de incorporar (no sé si con éxito) “valores nacionales” encontrados en colegas de religión hindú y musulmana en la misma proporción que mis desencuentros axiológicos con muchos convecinos de mi barrio. La cultura propia se forja en itinerarios sin horma. Las hormas son las matrices patológicas de la identidad.

Esto no quiere decir que la educación infantil deba des-referenciarse. Muy por el contrario, el niño necesitará siempre un marco, pero un marco desdogmatizador, por tanto deliberadamente anacional – sin que confundamos lo nacional con lo cultural –, que le abra a la convivencia en la inmigración planetaria masiva que incrementará aritméticamente el mestizaje físico en este siglo XXI, y en las comunidades digitales, que dispararán exponencialmente el mestizaje simbólico. Si pudiéramos hablar de un principio universal, entonces éste se hallaría en la heterogeneidad del mestizaje. Todo ello hace obsoleto y pone en peligro lo nacional-analógico, difumina y elimina a Occidente<sup>30</sup>, de ahí que sus defensores se apliquen en la búsqueda de otros modos de influencia más

<sup>30</sup> Cualquier campesino del sur ibérico, andaluz o algarvío, habría mostrado su sorpresa hace cincuenta años al oír que es occidental del mismo modo que se extrañaría al saberse etiquetado de europeo. Pero, con el tiempo, se habituara a esas pertenencias inventadas, incluso invocándolas si fuera necesario.

sutiles y no les pase desapercibido el recurso subliminal a lo nacional-digital.

La sociedad es un número de personas o tan solo una categoría político-académica vacía. Por ello, lo comunitario (próximo) no puede usarse contra lo social (abstracto). De hecho, de las comunidades surge la única expresión placentera de lo social. En tanto la sociedad, por su abstracción, invita al solipsismo y al extrañamiento, la comunidad lo hace a la participación y a la confianza. Con las memorias electrónicas ocurre exactamente lo mismo. El poshumano de la era digital es un ser hibridado culturalmente a partir de una pluralidad de rasgos elegidos cuya asunción le singulariza. Frente a una Sociedad, Religión, Casta, Clase, Nación o Estado que tienden a narrar herméticamente la memoria como sistema cerrado, las comunidades horizontales la liberan como rizoma. Pero, secularmente, el contrapoder de estas interacciones “trans-sociales” no supuso un riesgo relevante. Solamente con la emergencia de la red digital, las comunidades de sentido organizadas – los foros sociales son una contundente prueba – han comenzado a cuestionar seriamente la estabilidad de las memorias sociales y de la propia concepción falaz de sociedad como proyecto administrativo.

Memoria-cognición y liberalismo – nación son, por tanto, dos binomios interdependientes, constituyéndose lo liberal-nacional como clave interpuesta en los modos de percepción y registro del presente y del pasado. Obviamente en el ámbito de las ciencias, de la propia Historia fundamentalmente y de las disciplinas adyacentes como la Museología, la Archivística o la Biblioteconomía, tal impronta deja un profundo sesgo epistemológico, no solo en los

resultados sino también en las aproximaciones y selección de cuestiones objeto de estudio.

La cuestión nacional se ha excluido como problema situándose deliberadamente fuera de las prioridades de esas disciplinas, así como del modo de abordaje de lo considerado pertinente. Por ello, precisamente, la teoría de la organización de la memoria registrada ha sido una fácil víctima epistemológica de lo nacional. Sin embargo, como se aprecia en las aplicaciones, clasificaciones e instituciones, lo nacional aparece de glorioso rótulo polisémico de las entidades abanderadas de la memoria de un país: Museo Nacional, Biblioteca Nacional, Archivo Nacional, Filmoteca Nacional o sus versiones toponímicas (también en otras que no nos tocan aquí: Audiencia Nacional, Radio Nacional, Selección Nacional, Ciencia Nacional o Policía Nacional). La confusión – o mejor, la demarcación a bisturí – entre fronteras territoriales actuales, tiempos marcados y pertenencias monoculturales, se refleja constantemente en el discurso institucional y modela el lenguaje de la memoria pública.

Por otra parte, no pretendo aquí realizar una equiparación de nación<sup>31</sup> a país puesto que, en un territorio como el español, precisamente lo nacional-estatal ha pasado a ser privilegiado en algunas comunidades autónomas en las que la reivindicación de lo nacional, digamos local en estos casos, desea suplantar lo nacional-general, desde luego con el mismo derecho con que hacen uso del concepto los poderes centrales. Lo que es importante matizar, pues, no es la escala territorial del paradigma nacional sino la instauración o reivindicación de tal paradigma en cualquier régimen o formato territorial para legitimar un derecho a la diferencia y reproducir los mismos vicios de la verticalidad.

<sup>31</sup> Como se observa, no he podido articular ninguna definición de lo nacional adecuada al *ethos* de este texto. Sí he intentado aislar lo nacional destilándolo de las culturas y de las identidades individuales como opción no necesaria. Porque, de hecho, lo nacional no pasa de ser una imagen tosca, un constructo de tópicos y valores ideado y readaptado por el poder que, ciertamente, termina siendo incorporado empíricamente por los ciudadanos aunque nunca coincide lo transferido con lo recibido. Salvo en contadas ocasiones, como la defensa del territorio ante invasiones extranjeras, no ha habido comunión nacional entre poder y ciudadanía. Pero como es sabido, ante situaciones de supervivencia o temor, *anything goes*.

El problema es que el hecho de invocar lo nacional para ámbitos territoriales cuyos gobiernos desean una mayor desvinculación de lo nacional-general, esto es, esa reclamación a ser distintos nacionalmente, impone un criterio de unificación a las comunidades que se adscriben a otras pertenencias bajo tal manto regulador. Este efecto podría continuar progresivamente hasta autoproclamarse, por abajo, un ciudadano-una nación (individualismo radical) o, por arriba, un mundo-una nación (globalismo). La horizontalidad y transversalidad asimétrica y azarosa de comunidades de memoria organizadas es la única respuesta posible: una “globalización desde abajo” mediante interacciones transculturales que, como dice Clifford, “resisten a la homogeneización tanto como usan tecnologías y comunicaciones homogeneizantes” (CLIFFORD, 1999).

Por tanto, la embestida contra lo nacional debe reducirse a lo nacional como paradigma dominante, esto es, al prejuicio oculto que “trama” la memoria. Desvelar lo nacional para **renegociar la presencia de lo nacional** en la memoria, sería el objetivo crítico de la epistemografía. Pues el peligro radica en su invisibilidad y se reduce en la explicitación. Y, en esa dirección, iría la propuesta de unos operadores críticos en la red que desvelaran tal sesgo, sin negarlo<sup>32</sup>. Pero lo nacional no sería el único prejuicio que hace escorar el destino de la memoria. De acuerdo a las mitologías dominantes en las diferentes organizaciones político-territoriales y civilizacionales habría que aplicar un tipo de instrumental crítico para la emancipación de la memoria. Se trata, entonces, de una lucha sin cuartel y renovada contra el estereotipo como rescatador del pasado o propagador del olvido.

En segunda instancia – en primera dependería de la voluntad administrativa – la responsabilidad de ejecutar los programas emancipatorios y de desarrollar **herramientas lógico-semánticas necesariamente precedidas de principios éticos y económico-políticos**, recae sobre los mediadores de la exomemoria: bibliotecarios, archiveros, conservadores, documentalistas y otros profesionales de la organización del conocimiento. De ahí que la función preservadora atribuida tradicionalmente al sector sea inseparable de la educadora-crítica. Pero ¿son formados y entrenados suficientemente en tal sentido?

Ya advertía Maalouf (2001) sobre la necesidad de sacar a la religión de la escena pública e incluso de su interferencia en la identidad, lo nacional-cultural debería pasar también a la esfera de una intimidad<sup>33</sup> no impositiva. Creo que contaríamos, así, con una memoria que contribuiría a moderar la voracidad instintiva y “bulímica” de la **identidad temática** que mencionábamos al principio (mi cultura, mi tiempo, mis costumbres o la moda patrón occidental) en favor de una **identidad axiológica** fundada en una alteridad racionalmente adquirida (la dignidad, la solidaridad, la justicia). Una identidad no exhibicionista orientada al autoconocimiento socrático, a la individuación des-diferenciada, y opuesta, sin embargo, al individualismo diferenciista.

Que la actualidad que narra el poder ya no sea la actualidad más relevante ni (aparentemente) más creída, al menos en los países con regímenes parlamentarios, indica que la memoria que ese mismo poder propulsa ya no es una memoria referencial ni confiable. De hecho, como señalaba antes, era el temor (a Dios, a la

<sup>32</sup> Mediante cuestionarios de diálogo y consenso contruidos para facilitar la autoexplicitación de los propios sesgos de cada interlocutor y hacer posible, así, una “confederación de posiciones” con todas las adscripciones e identificaciones al descubierto. He ahí el objetivo de una epistemografía necesariamente dialéctica.

<sup>33</sup> Así, no sería suficiente con la separación de Iglesia-Estado sino que habría que evitar, también, los embates de las Administraciones públicas, sin perder su cometido político-económico, en los sentimientos nacionales y culturales que quiere padronizar. Cultura y nación serían, de ese modo, imaginarios gestionados y vividos heterodoxamente por una ciudadanía transcultural. Pues la transcultural no se opone a lo nacional, como ocurre al contrario, sino que lo disuelve entre la pluralidad de pertenencias.

Inquisición, al Emperador o a los Jacobinos) el elemento clave de la fe y adhesión a una memoria impuesta. Pero ¿no sería la libertad de elección de pertenencias un instrumento más fiable de adhesión para el poder que lo administre que la burda imposición mediante el miedo? ¿es eso pura antinomia? Conforme los ciudadanos se apoderen de los lenguajes y soportes de autonarración y generen sus propias memorias transculturales, el cuestionamiento de eslóganes, fechas de conmemoraciones y monumentos nacionales apostados estratégicamente por la memoria imaginaria del poder, dará paso a una mayor indiferencia. No en vano advertiría Robert Musil que “nada hay más invisible que un monumento” (HUYSEN, 2000). Aunque, añadiríamos, nada más peligroso que un monumento cuando lo dejamos de percibir.

El dominio y la proliferación de instrumentos de inscripción digital comienza a desvalorizar la admiración (o el miedo) que otrora despertaran los invisibles poseedores de los archivos, de sus contenidos y de los modos y medios de almacenamiento. Pero no estoy propugnando aquí contrarrestar la memoria unilateral del poder arrojándonos al vacío de una memoria particular, fragmentada e insolidaria como ofrece la peligrosa trampa del individualismo neoliberal: dotar al individuo de toda la tecnología para configurar su memoria con independencia de la comunidad. Pues el neoliberalismo no quiere comunidades dialógicas sino individuos aislados. Así, el individualismo se convierte, sin saberlo, en el más ferviente colaborador de su creador nacional-mercantil. El poshumano se debate ante el reclamo paradójicamente homogeneizante del individualismo y la liberación de la heterogeneidad transcomunitaria. Pues sabe, también lo sabe el poder, que las comunidades lo fortalecen

críticamente en tanto que el individualismo lo debilita y torna inseguro.

Finalmente, haré una observación sobre la obsesión por la memoria con la que abría este texto. Es muy relevante la reflexión de Huyssen sobre la monumentalidad como escaparatismo de la memoria del poder, elemento que, según este autor, ha vuelto a ocupar calles, obras públicas y agendas en una especie de delirio público por el pasado nacional<sup>34</sup>. El retorno al monumento va asociado a una resurrección de lo nacional, si bien actualizando la concepción mediante la mezcla de viejos y nuevos soportes. Monolitos, memoriales y ceremoniales, en cuyas temáticas discurren el holocausto y las huellas veneradas de las estrellas del cine, en un popurrí de discursos solemnes y comerciales. Todo se registra con igual énfasis, la destrucción en directo de las Torres gemelas, los homenajes de cada aniversario de la masacre, las series televisivas de ficción sobre sus consecuencias o para justificar intervenciones preventivas. Todo adquiere en el museo digitalizado el mismo estatuto, un régimen que determinará y cambiará, en cada momento, el lenguaje del poder a su antojo. Incluso, debo llamar la atención sobre los nuevos lenguajes totalitarios de un poder aparentemente democrático.

El orden imaginario, desde luego, no se inaugura con lo digital sino que se aclimata a los escenarios emergentes. Incluso en algunas prácticas menos convencionales de clasificación se descubren sus profundos defectos. Sobre el Museo de Arte de Portland, cuenta Clifford una anécdota reveladora: antes de “reordenar” la colección Rasmussen de objetos “indígenas” norteamericanos (hasta entonces ordenada poco “atractivamente” para los visitantes) el museo decidió consultar a varios representantes de los clanes de donde provenían las piezas. Estos, lejos de satisfacer las preguntas occidentales

<sup>34</sup> El autor centra su ensayo, escrito antes del atentado a la Torres Gemelas que reforzaría su tesis, específicamente en la Alemania reunificada.

sobre orígenes, funciones o tradiciones de una máscara o de un arpón, se limitaron a relatar historias y entonar cantos a partir de las memorias de la aldea evocadas por aquellos objetos, evidente sin valor artístico ni de colección para ellos. Durante los tres días de encuentro intercambiaron recuerdos y expusieron reclamaciones, se entristecieron y rieron sin aportar elemento clasificador alguno que sirviera a los intereses de la exposición (CLIFFORD, 1999). En un ejercicio de reflexividad radical, propio de Gouldner, nos preguntamos ¿Qué perverso nuevo orden supremo no estará agazapado tras ese estratégico paternalismo de la consulta de los clasificadores a sus clasificados?

Los monumentos, memoriales y conmemoraciones disecan el pasado en síntesis esclerotizadas. Concentran la memoria en gestas o números en torno a los cuales gira un calendario oficial ajeno al ciudadano (que, con el paso del tiempo, solo suele utilizarlos como geo-referencias o crono-referencias de vacaciones) pero terminan por marcar silenciosamente el *tempo* de sus vidas. A los museos que monumentalizan la memoria oficial se yuxtapone un neomonumentalismo, con el que los actuales poderes viven obsesionados, no reducido a los geo-símbolos tradicionales. También ha tomado posiciones en el territorio electrónico. Hay textos y filmaciones de mayor poderío simbólico que cualquier monumento de piedra. La propia imagen del monumento diseminada infinitas veces en la red será más eficaz que el monumento mismo. Un plano reiterado de una de las Torres en llamas tendrá un poder evocador extraordinario y se constituirá como un decisivo instrumento argumentativo y persuasivo. Y la memoria digital lo repetirá cuantas veces sea solicitado, a cuantas generaciones futuras sea necesario.

El monumentalismo del poder no solo se ocupa de la constancia documental del hecho sino también de los medios de su registro y

recuperación. Los grandes portales y robots de búsquedas, los navegadores monopolísticos y todo tipo de artefactos, clasificaciones y lenguajes de ordenación virtual son, de momento, los genuinos *alter-ego* electrónicos de una monumentalidad atravesada por lo liberal-nacional en la red. La propia grandiosidad de las bóvedas góticas de Internet nos enmudece y arrolla catedraliciamente. Su omnipresencia y omnipotencia – en un monumentalismo más discreto pero no menos avasallador – empequeñecen y ridiculizan, la participación y presencia de ciudadanos, comunidades y foros críticos con el orden unificador imperante.

Pero, como advertía antes, a favor del poder existe una proliferación de memorias digitales particulares y desorganizadas al galope de la libertad (y poder) de memoria que podría llevar a un colapso de las infraestructuras, al bloqueo lógico-semántico de las búsquedas o, lo que es más nocivo para los propios ciudadanos, a la sensación actual de no saber autogestionar el caos en la red. Y, además, los generosos canales disponibles, tras predicar su polivalencia y superación de los viejos soportes, supeditan los recuerdos a un almacén que impide la total libertad de expresión pues “el formato hace el mensaje”.

La desregulación aparente apoya una ilusión de libre circulación y creación que no coincide con la realidad pues, en este ámbito también, la homogeneización y el mimetismo mercantilistas hacen merma en los contenidos que podrían fluir más imaginativamente en la red digital. Por tanto, la anarquía (de)formativa de los ciudadanos en materia de memoria no solo no contribuye a un pluralismo real de los registros sino que, por el contrario, se autoimpone un silenciamiento, generado por las cotas de ruido y enlaces deficientes, que abre el camino a monopolios y nuevas delincuencias de la memoria.

La libertad de memoria estaría amenazada por una aparente libertad de memoria: la

memoria, como mercancía, engranada al concepto de la libertad como librecambismo. La falsa libertad de creación de los productos de la memoria, como idea motriz instalada en ciudadanos y comunidades capaces de editar y mantener sus propios depósitos por el mero hecho de disponer de las infraestructuras, en todo caso unas infraestructuras cuyos secretos y encendido desconocen, es el peor enemigo de la libertad de memoria al identificar libertad con consumo. El conglomerado nacional-liberal fomenta el consumo del pasado como objeto patrimonial o herencia explotados en clave de entretenimiento, efectismo o extendiendo la falacia de la copropiedad de una memoria de todos refrendada en museos, centros educativos y exhibiciones sumisos al discurso imperante. No dotar a los ciudadanos de las herramientas lógico-semánticas que comprometen el éxito o fracaso de la memorización electrónica en la red puede ser una de las bazas del poder para no perder sus influencias en ese territorio sobresaliente.

Así, del mismo modo que cierta televisión deteriora alarmantemente la educación infantil y la percepción adulta del mundo – incluyendo al educador de buena fe – si no hay capacitación crítica adecuada, la mera proliferación de instrumentos para la automusealización pone en grave riesgo no solo la identidad de la ciudadanía sino la supervivencia de la cultura plural y de la libertad misma. Un **programa de agitación social** – rescatando toda la estesia bella, solidaria y altruista de esa vieja práctica – **y de rearme crítico** habría de ser instalado en las tecnodisciplinas impartidas en Escuelas y Universidades – de modo indisociable al deslumbrante parque de ordenadores en red – o la batalla de la memoria digital y, en consecuencia, de las identidades y culturas, estará perdida.

No es de extrañar por tanto que, ya en 1848, el norteamericano Henry David Thoreau (2001)<sup>35</sup> desconfiara de los gobiernos democráticos de su propio país, y se opusiera a la creación de un ejército permanente, “mero brazo de un gobierno permanente”, proponiendo la desobediencia ciudadana y fiscal para restaurar la democracia y evitar las guerras al servicio del poder. Los proyectos para construir una sociedad de la información, con el brazo permanente de la memoria, no apuntan más allá de una mera sociedad digitalizada que doblega el pasado a los designios del conglomerado nacional-liberal. Con una estrategia dirigida a la domesticación ciudadana mediante programas educativos que potencian y ensalzan el rol de las tecnologías minimizando la formación humana y crítica, los nuevos y sofisticados modos del poder despejan su camino hacia una mayor estabilidad futura. El amaestramiento digital, que minimiza el vital cuestionamiento de los poderes, contribuirá decisivamente a la obtención de una memoria tibia que asegure la continuidad.

La sospecha civil debiera focalizarse y actuar, entonces, en los programas de investigación e instrucción que centran, en lo digital, el eje exclusivo de la satisfacción social en materia de memoria, identidad y cultura en tanto no vengán acompañados de medidas para la autogestión de la expresión comunitaria y de herramientas críticas. Pero ¿qué Gobierno, Papado, Patriarcado o Sociedad instruiría en una memoria autocrítica a sus integrantes? Históricamente se constata que el poder, tocado por el mismo discurso del temor que gusta difundir, no tiene gran interés en autogenerarse amenazas gratuitas. De ahí su interés en los prototipos predictivos y previsores, esto es, en las herramientas que hurgan ilusoriamente en el futuro – la política estratégica de la memoria sería

<sup>35</sup> Un impuesto considerado injusto por Thoreau y la guerra declarada a México con cualquier pretexto para que la oligarquía se apoderase de las ricas tierras de Texas a costa de la muerte de soldados mexicanos y norteamericanos fueron los detonantes de los exasperados escritos del pensador norteamericano.

una de ellas – para representar y organizar el mundo pasado.

Desde su imaginación conservadora del destino, el poder ha reescrito siempre una memoria de los pueblos cuyo control debe ser recuperado por la ciudadanía y la solidaridad globales. Y, como dice Elster (1989), “la

solidaridad es un altruismo condicional, a diferencia del altruismo incondicional del imperativo categórico y del egoísmo incondicional de la sociedad capitalista”. Por ello, solo en la acción comunitaria organizada y crítica de participantes insobornables, a prueba de tentaciones hegemónicas, puede radicar un trato justo con las lecturas del pasado.

## REFERENCIAS

- ANSELL, K. *A Pos-human hell*. London: Routledge, 2002.
- BERGER, P.; LUCKMANN, T. *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido: la orientación del hombre moderno*. Barcelona: Paidós, 1997.
- CLIFFORD, J. *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa, 1999. p.12-398.
- DESCARTES, R. *Discurso del método y meditaciones metafísicas*. Madrid: Tecnos, 2002.
- ELSTER, J. *Ulises y las sirenas: estudios sobre racionalidad e irracionalidad*. México: FCE, 1989. p.44, 181.
- FERRATER MORA, J. *Diccionario de filosofía*. Barcelona: Ariel, 1994. 4v.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, A. *Principios de lenguaje epistemográfico: la representación del conocimiento sobre patrimonio histórico andaluz*. Sevilla; Granada: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico; Comares, 1998.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, A. *La memoria subrogada: mediación, cultura y conciencia en la red digital*. Granada: Editorial de la Universidad de Granada, 2002.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, A. *Otra memoria es posible: estrategias descolonizadoras del archivo mundial*. 2003. (en prensa).
- HUYSEN, A. *Seduzidos pela memória*. Rio de Janeiro: Universidade Candido Mendes; Museo de Arte Moderna, 2000. p.9-44
- KANT, I. *Fundamentación para una metafísica de las costumbres*. Madrid: Alianza, 2002.
- LIBENSON, C. Disponible em: <<http://216.15.220.187/libenson>>. Acesso em: 2002.
- MAALOUF, A. *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza, 2001.
- MARQUES DOS SANTOS, A.C. Linguagem, memória e história: o enunciado nacional. In: Ferreira, L.M.A.; Orrico, E.G.D. (Org.). *Linguagem, identidade e memória social: novas fronteiras, novas articulações*. Rio de Janeiro: DP&A Editora, 2002. p.13-51
- MATURANA, H.; VARELA, F. *El árbol del conocimiento: las bases biológicas del conocimiento humano*. 3.ed. Madrid: Debate, 1999.
- NIETZSCHE, F. *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial, 1997.
- PLATÓN FEDRO. In: Diálogos III. Madrid: Gredos, 1997. p.403-404.
- RICOEUR, P. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife; Universidad Autónoma de Madrid, 1999.
- ROLDÁN, I. *Caos y comunicación: la teoría del caos y la comunicación humana*. Sevilla: Mergablum, 1999. p.113.
- SANTOS, J. *Breve: o pós-humano*. Curitiba: Imprensa Oficial do Paraná, 2002. p.58.
- SODRÉ, M. *Antropológica do espelho: uma teoria da comunicação linear e em rede*. Petrópolis: Vozes, 2002.
- TAYLOR, C. *La ética de la autenticidad*. Barcelona: Paidós, 1994.
- THOREAU, H.D. *A desobediência civil e outros escritos*. São Paulo: Martin Claret, 2001. p.13.
- WITTGENSTEIN, L. *Tractatus logico-philosophicus*. Madrid: Tecnos, 2002.